



Las raíces de la violencia en África. El caso de Angola

La primera idea que se me ocurre al aceptar, de una forma atrevida, la invitación a hablar de las causas de los conflictos en África es, precisamente, el recelo de que se excaven las raíces de un árbol ya de por sí expuesto a las inclemencias. Es el miedo de que si se cava un poco más, el árbol pueda caer.

El recelo supera, de un modo general, la mentalidad angoleña cuando se trata de abordar, de forma profunda y exhaustiva, las causas de los conflictos que asuelan Angola. Estos conflictos originaron, de forma conjugada, la más sofisticada y sangrienta de las guerras civiles africanas, por un periodo de 27 años.

Ciertamente, en otras áreas de conflictos permanentes y cíclicos también se pueden encontrar los fundamentos de este recelo.

A principios de 2001, al elaborar las estrategias para la organización de un foro sobre las causas del conflicto en Angola, un respetable académico y luchador por la independencia, Justino Pinto de Andrade, me llamó la atención sobre el peligro de abordar las causas sin reavivar los odios y provocar más conflictos. Su experiencia se impuso y optamos, solidariamente, por realizar un Foro sobre las Múltiples Consecuencias de la Guerra en Angola.

Era fundamental, a parte de esto, mostrar a los angoleños, nuestros compatriotas, y al mundo, los nefastos impactos de la guerra, sus consecuencias sobre las diversas vertientes, económica, social, cultural, psicológica, etc. Las consecuencias tal vez nos uniesen más que las causas porque entre estas estaría, posiblemente, la contribución negativa de algunos y en las consecuencias nos encontraríamos todos, casi sin excepción. Por tanto, era fundamental comenzar por lo que nos une. Fue la opción.

A pesar de todo, se tiene la sensación de que a lo largo de la historia de África ha sido aplazado el estudio de las causas más profundas de los conflictos en aras de una supuesta política de tolerancia. Son apenas cuestiones de orden táctico que nos aconsejan comenzar por el final. Pero actualmente, sin tener que evitar herir sus-

ceptibilidades y subjetividades, me siento más propenso a tratar de las causas, que son a fin de cuentas la razón de esos conflictos.

Centraré mi exposición del caso de Angola en los aspectos siguientes:

- La permanencia de las causas y su fomento en la resolución de conflictos
- Los modos y modelos de gobierno
- La afirmación de las identidades y los problemas étnicos
- La disputa interna por el poder
- Las elites económicas y sociales por procuración
- Las fragmentaciones sociales
- El legado colonial
- Las ingerencias, oportunidades y oportunismos externos

■ La permanencia de las causas y su fomento en la resolución de conflictos

Angola es el paradigma de la resolución superficial de conflictos, al coleccionar una extensa lista de acuerdos fracasados, incluyendo el que hace referencia a la independencia del país (Alvor, Portugal, 1974). Recordemos los acuerdos de Gbadolite (1989), Bicesse (1991), Addis Abeba, Abiyán (1993) y Lusaka (1994).

Estos acuerdos de paz tienen, en común, la exclusión política y social de las fuerzas no armadas en el proceso de paz y reconciliación, que cristaliza la percepción de que solamente la vía armada garantiza el derecho de participación en el proceso. Al abandonar la lucha armada en 1978, el FNLA, firmante de los acuerdos de Alvor, perdió el derecho de participar en los acuerdos posteriores.

Para entender mejor esta afirmación, se ha de mencionar el último acuerdo. El 4 de abril de 2002, el Gobierno y lo que quedaba de la dirección del grupo rebelde UNITA firmaron un Memorando de Entendimiento, que ponía fin, formalmente, a la guerra civil en el país. Este acuerdo fue el resultado, en un primer análisis, del desbaratamiento de las fuerzas militares de la UNITA y la decapitación, por el ejército gubernamental, de su dirección, incluyendo a su presidente, Jonas Savimbi.

Haciendo caso omiso a la enorme presión interna para el fin de la guerra por la vía del diálogo y la concertación con las fuerzas vivas del país, el Gobierno hizo triunfar su tesis de «hacer la guerra para acabar con la guerra». Para ello, contó con el apoyo fundamental de la comunidad internacional, sobre todo de las Naciones Unidas, a través del debilitamiento y aislamiento de la UNITA mediante las sanciones internacionales. Para la mayoría de los angoleños los costes han sido aterradoros, puesto que tal opción implicó la implementación de estrategias militares de tierra quemada y del desplazamiento forzado de la población.

Es importante destacar algunos aspectos de la firma del Memorando de Entendimiento. La UNITA, en poco más de un mes, según los datos oficiales, acuarteló a más de 84.000 guerrilleros y a 350.000 familiares suyos, lo que equivale a cerca del 5% de la población angoleña.

Se debe destacar la ausencia de cualquier proceso de liberación formal de prisioneros, lo que supone que los beligerantes no hacían prisioneros, eliminando a los capturados, o los incorporaban en sus filas.

Sin que hubiese una fiscalización independiente, ¡el Gobierno y la UNITA concluyeron el desarme y la desmovilización de todos los efectivos en cinco meses!

Este número considerable de ex guerrilleros (apenas 5.000 fueron integrados en el ejército único) y sus familias se unieron, de esta forma, a los cuatro millones de desplazados internos, que representan un tercio de la población angoleña. Las Naciones Unidas han declarado que 1,9 millones de desplazados dependen exclusivamente de la ayuda humanitaria internacional. A este hecho se suma una tasa de desempleo nacional de cerca del 70% de la población activa. Para este ejército de excluidos sociales no hay ni habrá, con el actual Gobierno, una política seria y ejecutable que los redima de la condición subhumana y les dé oportunidades sociales, por la naturaleza del propio régimen, como se verá más adelante.

Muchos de los que lucharon con la UNITA crecían entre causas evocadas por sus líderes y que se pueden resumir en el rescate de la *Angola Profunda*, en la que el pueblo angoleño ocuparía el primero, el segundo y el tercer lugares en la lista de las prioridades del Estado. El fin de la guerra no invalida, de ningún modo, este discurso, que es idéntico al que escuchaban los que fueron abandonados por Estado providencia.

Las Naciones Unidas y la *troika* de observadores, constituida por los Estados Unidos, Rusia y Portugal, fueron convidadas, sólo durante 45 días, a fiscalizar la conclusión del anterior acuerdo de paz, conocido como el Protocolo de Lusaka. De hecho, el proceso se resume en el nombramiento, por parte de la UNITA, de los cuadros que ocuparían los cargos en el Gobierno de unidad y reconciliación nacional y la recuperación de su patrimonio. Una vez más, al igual que los anteriores acuerdos, se verifica la exclusión de las fuerzas políticas no armadas y del resto de la sociedad en el proceso de pacificación y normalización del país. El Gobierno del MPLA, en calidad de beligerante vencedor, determina lo que le corresponde a la UNITA, beligerante derrotada, en el reparto del poder y el acceso a los recursos del país. Esta polarización es legitimada por las Naciones Unidas, como mediadora en el proceso, y por la *troika* de observadores, contra la voluntad de las demás corrientes políticas y sociales angoleñas.

Una política que resalta la violencia como único mecanismo viable de negociación política, repitiendo, de esta forma, la exclusión por la vía de las armas.

El problema entre el MPLA y la UNITA tiene que ver con el pasado y no con el futuro de Angola. Estas fuerzas no mantienen divergencias sobre el futuro porque ni siquiera debaten proyectos para la sociedad angoleña. Por tanto, se origina un vacío en la política de definición del futuro de Angola, dando lugar a la estructuración política de los resentimientos y la desconfianza como mecanismos de movilización de los sectores más descontentos y incrédulos con la reconciliación.

Además, excluye del proceso el desarme de la población civil, armada por los responsables gubernamentales como forma de enfrentar, con éxito, a los reducidos efectivos que la UNITA poseía en 1992 en Luanda y otras ciudades del país.

En cuanto al proceso de reconciliación, se limita solamente al punto 1 del Capítulo II del Memorando de Entendimiento: la concesión de una amnistía general de todos los delitos cometidos en el ámbito del conflicto armado.

El 18 de septiembre de 2002 fue presentado en Luanda el esbozo de una agenda de paz y reconciliación de la sociedad civil que afirma la importancia que participan en el proceso de reconciliación todos los angoleños. Apela a la necesidad de un compromiso fundamental de los que hicieron la guerra con las grandes víctimas directas del conflicto armado, como los mutilados, refugiados, desplazados, huérfanos de guerra y los militares desmovilizados.

Por este motivo, es necesario evaluar si son justas las medidas políticas dirigidas a la normalización de la vida de los grupos sociales antes identificados y las acciones de cariz psicológico para combatir los traumas de la guerra, el miedo, el deseo de venganza y fomentar el perdón mutuo y una verdadera justicia social¹.

El documento citado destaca la necesidad de crear un mecanismo para que se conozca la verdad del proceso de lucha política y del conflicto armado en Angola, similar a la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Suráfrica. A través de este instrumento se exorcizarían los fantasmas del pasado y, como garantía de convivencia social, se acabaría con la impunidad.

Según Johan Paul Lederach, la reconciliación tiene que ver con tres paradojas específicas. La reconciliación, «en un sentido general, promueve un encuentro entre la expresión franca de un pasado doloroso y la búsqueda de la articulación de un futuro interdependiente a largo plazo. En segundo lugar, la reconciliación proporciona un punto de encuentro para la verdad y la misericordia, en la que es aceptada y ratificada la exposición de lo que pasó y se cede a favor de una relación reno-

vada. En tercer lugar, reconoce, además, la necesidad de dar tiempo y espacio a la justicia y la paz, para que la enmienda de los daños vaya unida a la concepción de un futuro común»².

La destrucción militar y, en cierto sentido, política de la UNITA constituyen actualmente la única garantía de que en Angola no habrá más guerra.

Resuelto el conflicto militar entre el Gobierno y la UNITA, surge la siguiente pregunta: ¿Y las causas? ¿Y las fuentes emergentes de potenciales conflictos? Con este propósito, es importante analizar, de igual modo, la actual retórica política de reconciliación y reconstrucción en Angola.

¿Cómo puede haber reconciliación donde nunca hubo una conciliación efectiva? ¿Cómo se puede reconstruir lo que nunca se construyó? Más del 80% de las infraestructuras del país son del periodo colonial, y el propio Gobierno, desde hace 27 años, ha destruido por incuria y negligencia mucho más de lo que proyectó construir en las áreas no afectadas por la guerra. Como ejemplo, la Asamblea Nacional ocupa todavía las salas del entonces cinema Restauradores. Además, un régimen que siempre vivió de la guerra y para la guerra no fue capaz de construir un cuartel militar aceptable, incluso en las zonas que siempre estuvieron en paz.

■ Los modos y modelos de gobierno

En un análisis sobre la legitimidad del poder, Manuel Jorge, académico angoleño, afirma que el poder solamente es legítimo cuando emana del pueblo y actúa de acuerdo con su voluntad. En su lógica, al incumplir este principio, en varios países africanos y del tercer mundo «los dirigentes de esos países se ven obligados a abandonar el poder, de manera compulsiva, creando de esta forma, a veces, un vacío que es la base de tanta anarquía y atrocidades»³.

A este respecto, veamos lo que sucede en Angola y cómo la ilegitimidad del poder constituye, hasta que se tomen medidas, la potencial causa del conflicto, de orden social.

Angola se define, formalmente, como un estado democrático de derecho, cuya soberanía reside en el pueblo, que ejerce el poder político mediante el sufragio universal periódico con el fin de elegir a sus representantes⁴. Por consiguiente, actualmente no existe en Angola ningún órgano de gobierno, en funciones, con un mandato legitimado por el sufragio popular⁵. Por otro lado, las funciones del Gobierno son dirigidas por el presidente de la República, violando la Ley Constitucional⁶. El Proveedor de Justicia y el Tribunal Constitucional, órganos a los que la Ley Consti-

tucional atribuye competencias en las cuestiones de control de la legalidad de la Administración Pública y de la constitucionalidad de las leyes, no han sido creados porque se requiere, para su aprobación, una mayoría de dos tercios que el partido en el poder, el MPLA, no tiene en la Asamblea Nacional.

Al mismo tiempo, desde 1998 el cargo de primer ministro está institucionalmente usurpado por el Presidente da República determinando, de esta forma, la invalidez y la nulidad de los actos y contratos del Gobierno, tanto en el orden interno como en su relación con las entidades extranjeras, sujetos a la firma del primer ministro⁷.

Este cuadro de ilegitimidad democrática y de inconstitucionalidades demuestra que Angola se encuentra en una situación de desgobierno, en la que el control de los medios de la violencia y de acceso a las riquezas del país son los mecanismos privilegiados de manutención del poder.

El actual cuadro jurídico constitucional suscita también la cuestión de la aplicación conceptual de modelos de gobierno sin el cuidado de su ejercicio práctico.

La instauración del marxismo-leninismo, en la ascensión del MPLA al poder, en 1975, sirvió de pretexto o de causa para que Occidente fortaleciera la UNITA, entonces incipiente desde el punto de vista militar, para combatir la expansión del comunismo.

La llegada de la democracia estimuló, en cierta medida, la privatización del Estado y el abandono por parte del Gobierno de gran parte de sus responsabilidades sociales transformándose, de esta forma, la clase dirigente comunista y privilegiada en una oligarquía del petróleo y de los diamantes.

A medida que se ensayan nuevas formas de gobierno, la situación económica, social y política del país empeora, porque la realidad se articula apenas en el ejercicio de mantener el poder. Este ejercicio se asienta en el control efectivo del ejército y la policía, como medios de represión, y en el control absoluto de la economía y los recursos naturales y financieros como agentes de corrupción. Allí donde la represión falla, la corrupción actúa.

Mary Kaldor llama la atención sobre la erosión del monopolio de la violencia legítima como uno de los factores emergentes de las nuevas guerras⁸. Antes, se refiere al contexto de la erosión de la autonomía del Estado y, en ciertos casos extremos, de su desintegración.

El caso más reciente de esta erosión, en África, se concreta en la Costa de Marfil, que era uno de los grandes ejemplos de estabilidad política y militar en África. La

pérdida de control del ejército, como un todo, potenciado por las malas condiciones de vida de los soldados y los existentes tumultos étnicos y de lucha por el poder, llevaron al país, en poco tiempo, a una situación de guerra civil.

■ La afirmación de las identidades y los problemas étnicos

Los angoleños alcanzaron la independencia en 1975, divididos en tres movimientos rivales cuyos dirigentes y bases tenían, y continúan teniendo, una predominancia étnica. Desde entonces, en un largo paso que se supone de civilización, el problema etno-lingüístico se convirtió en tabú y fuente permanente de tensiones y de violencia.

Hablar una lengua local en el centro de la capital del país, en público, continúa siendo motivo de desprecio y desconfianza y muchas veces de repulsa. La hegemonía de la lengua portuguesa es considerada, por los ideólogos del actual régimen, como factor de unidad de los angoleños. En el interior del país, en la llamada *Angola Profunda*, la realidad es diferente.

Luanda asume, como capital, el papel de triturador de las identidades culturales de los diferentes pueblos de Angola, vistiéndose con una piel cosmopolita que no encuentra fundamento en el respeto mutuo por la diversidad cultural.

Sin hacer ningún esfuerzo para impedirlo, los angoleños heredaron las divisiones fomentadas por el poder colonial portugués y las han explotado para beneficio de unos grupos sobre otros, multiplicando así la pesadilla neocolonial.

«La conciencia de esa división era (y continúa siendo) bastante elevada en el seno del pueblo. No obstante, fue ignorada por las elites políticas que posteriormente asumirían el poder, preocupadas por una pretendida unidad nacional, sin sustrato político, en detrimento de la asunción política de una solución conveniente para las diferencias de carácter regional, étnico, racial y cultural»⁹.

Con la llegada de la paz, la lucha por la afirmación de las identidades y la autonomía cultural de los diversos grupos etnolingüísticos ganará espacio central en el debate político, social y cultural. Y, así, podrá emerger otra fuente o causa de conflictos, dependiendo del rumbo que se dé a la forma de tratar el asunto. Por norma, los políticos y los intelectuales angoleños prefieren guardar esos asuntos en el armario de las causas o casos para usar en beneficio de su partido o grupo etnolingüístico o racial al que pertenecen. Esta práctica mereció, en algunas ocasiones, una clara y valiente posición por parte del clero de la Iglesia Católica. «¿Será un delito en Angola nacer de padres ovimbundos, kicongos o kimbundos? Provocar mortíferas

rivalidades tribales para alcanzar dividendos políticos es una práctica maquiavélica que, además de amenazar el futuro de la democracia, cava entre el pueblo un foso, cuyas consecuencias son fáciles de ver. El odio tribal sería una tragedia para la unidad de la nación. Y no estamos libres de posibles manipulaciones externas»¹⁰.

En un mensaje pastoral, titulado «La patria está de luto», del 30 de noviembre de 1992, los obispos de Angola y Santo Tomé denunciaron la persecución tribal que se adueñó, un poco por todo el país, tras las elecciones. Los ovimbundos, acusados de simpatizar con la UNITA, fueron las principales víctimas del odio tribal. En otro momento, «la alegada participación zaireña en la guerra de Angola parece haber servido apenas de pretexto para lanzar un plan de extorsión y venganza anticongoleñas, que repitió en esta Luanda una explosión de odio tribal, una injusticia que clama a los cielos»¹¹. En los dos casos, el odio tribal incidió sobre dos de las tres principales etnias angoleñas, dejando transparentar una articulación de minorías contra mayorías.

En el caso específico de la persecución a los bakongos, el 23 de enero de 1993, conocido como el viernes sangriento, la palabra preferida por quienes enjuiciaban era «arroz». Los bakongos enraizados tienen dificultades para pronunciar la palabra «arroz» cargando las dos erres como en portugués. Las mujeres vestidas con las ropas habituales de los congo también eran objetivo de las censuras populares.

Con cierto interés, la Alianza Francesa promovió, en Luanda, la enseñanza de la lengua kimbundu (con predominancia en las provincias de Luanda, Bengo, Kwanza-Norte y Malanje). La iniciativa expone, una vez más, la profunda dependencia de la afirmación identitaria a la voluntad extranjera, debido al estrangulamiento causado por las políticas locales de alienación cultural.

Para Mary Kaldor, en cierto sentido, todas las guerras implican un choque de identidades¹². La UNITA continúa teniendo, estructuralmente, su base de apoyo entre los ovimbundos; el FNLA y varios partidos políticos encuentran entre los bakongo su base; un partido reciente, el PRS, emergió de la región etnolingüística chokwé, y el MPLA continúa siendo una profusión de intereses kimbundos y mestizos. No obstante, solamente en la provincia de Cabinda se verifica la constitución de movimientos puramente exclusivistas (las diferentes FLEC), en favor de la independencia del enclave.

■ La disputa interna por el poder

Después de la celebración de las primeras y únicas elecciones democráticas, el 29 y 30 de septiembre de 1992, contestadas por la UNITA como fraudulentas, el MPLA se amparó en que había vencido las legislativas para transformarse en prego-

nero de la democracia. Inteligentemente, explotó su legitimidad democrática, de 1992 a 1998, para conquistar la simpatía de Occidente y, por dicha vía, aislar y derrotar a la UNITA. Paralelamente a este proceso, el presidente José Eduardo dos Santos, que no ganó las presidenciales de 1992, concentró en sus manos el poder. Dos Santos redujo la capacidad del MPLA de controlar la actividad del Estado, como partido en el poder, en favor de su núcleo duro, muchas veces extraño a los intereses y la estabilidad del propio MPLA.

En el artículo «Presidente de la República y sus muchachos», el semanario *Angolense* destacaba la ausencia de la mayoría de los asesores del presidente en una importante conferencia del MPLA. «Circula la idea de que esto pueda estar relacionado con la prepotencia y el menosprecio con que los hombres del entorno del presidente de la república encaran habitualmente las estructuras del partido»¹³. Esta contradicción se evidencia en el hecho de que José Eduardo dos Santos es, desde 1979, también presidente del MPLA.

La investigadora francesa Christine Messiant considera que la creación de la Fundación Eduardo dos Santos (FESA), del presidente de la República, es la culminación del proceso de privatización del Estado¹⁴. Esta fundación constituye un poder paralelo al ejercido por el Estado y una nueva forma de patronazgo de la sociedad angolense. La existencia de dos poderes paralelos controlados por el mismo hombre, José Eduardo dos Santos, garantiza la consolidación del poder personal y la creación de otra causa eventual de conflicto: la disputa interna por el poder.

El 27 de mayo de 1977, en el auge de sus contradicciones internas por el control efectivo del poder, el MPLA protagonizó la mayor masacre que recuerda Angola. Se calcula que entre 30.000 a 60.000 personas murieron en la lucha que oponía a la facción dirigida por el entonces presidente Neto contra la de Nito Alves, en aquel momento miembro del Buró Político y ministro de Administración Interna.

No obstante, terminada la guerra, el actual régimen debería normalizar las instituciones del Estado mediante la celebración de elecciones libres y justas. En el año 1999, el presidente prometió elecciones para el 2001, y ese mismo año mencionó que se celebrarían en el 2003. A principios del 2003, se anunció que se realizarían en el 2004, y ahora se rumorea la eventualidad de que se celebren en el 2007. Estas fechas son anunciadas sin que se realicen consultas para el efecto, y mucho menos se piensa en la adopción de un período transitorio para que se creen de condiciones políticas, sociales, económicas y de justicia que preparen Angola para una democracia real.

Con el anuncio informal de diferentes fechas para la celebración de las elecciones, el presidente crea confusión. Pero su interés manifiesto en no presentarse de

nuevo a la consulta, le garantiza la simpatía de la gente. En realidad, el anuncio le permite manipular su continuidad, cuando está en camino de cumplir otro mandato sin elecciones.

Hay cinco factores que se deben tener en cuenta en la disputa interna por el poder:

- El anuncio formal del presidente de no presentarse a las próximas elecciones presidenciales sin anunciar cuando abandonará el poder y la presidencia del MPLA;
- La incertidumbre de los militantes de este partido, eclipsados por el control absoluto del poder en el palacio presidencial;
- El hecho de no haber un enemigo común –Jonas Savimbi y la UNITA– que amenace el poder y el futuro político y económico del MPLA;
- La incipiente democratización en el seno del partido que ofusca la visibilidad de las eventuales alternativas de dirección interna y sus perspectivas;
- La excesiva elitización del poder político y económico en detrimento de una política, por parte del MPLA, de mejoría efectiva de las condiciones sociales de las bases de apoyo y su consiguiente desgaste.

■ Las élites económicas y sociales por procuración

La potencial candidata a la economía de mercado, Angola, pasó rápidamente por un proceso de privatización de la *nomenklatura*, en el que los discípulos de Lenin se transformaron, de golpe, en empresarios a imagen de Occidente, alienando, para su beneficio, gran parte del patrimonio del Estado y gestionando otra parte como representantes del pueblo.

A pesar de que la guerra ha servido para justificar los fracasos económicos, Angola ocupa el tercer lugar en el ranking mundial de las inversiones extranjeras directas¹⁵. Las inversiones son, sobre todo, realizadas en la explotación petrolífera *off-shore*, sin ningún beneficio para el pueblo. Paradójicamente, Angola también es el primer receptor de ayuda humanitaria externa en el África Austral.

De 1997 a 2001, el régimen hizo religiosamente «desaparecer» de las arcas del Estado cerca de 1.000 millones de dólares al año¹⁶ (de un presupuesto que varía entre 3 y 5.000 millones de dólares anuales). Con certeza, los miles de millones de dólares no desaparecieron por arte de magia o porque la contabilidad estaba mal hecha. El apoyo internacional a Angola está presupuestado, anualmente, en cerca de 200 millones de dólares, lo que representa apenas un quinto de los mil millones de dólares que, por año, «desaparecen» de la recaudación del petróleo.

La corrupción y malversación de los fondos públicos durante la ejecución del Presupuesto General del Estado constituye otro drenaje de los fondos públicos. En

1998, el economista angoleño Alves da Rocha calculaba que el país perdía anualmente cerca de 800 millones de dólares a causa de la corrupción.

El sistema de gobierno cuasifeudal, impuesto en algunas provincias, es otra demostración del sistema de patronato estratégicamente usado en la compra de lealtades y cimientos de alianzas¹⁷.

Tony Hodges explica que, en algunas provincias, «los gobernadores establecieron, efectivamente, monopolios locales, abusando de sus poderes administrativos y su control sobre la policía para mantener apartados o cerrar negocios rivales, al tiempo que manipulan los procedimientos de procuración para canalizar los contratos del Estado para sus propias firmas»¹⁸.

En el caso particular de Malanje, la población local llegó a considerar que solamente le faltaba al gobernador (1993-2002), Flávio Fernandes, privatizar el cementerio para poder, también, influir a las personas mediante el destino que se debe dar a los muertos. A Flávio Fernandes, que antes fue secretario del Consejo de Ministros y ministro de Salud, se atribuye lo que se transformó en una metafórica expresión de la voracidad de quienes detentan el poder. «El cabrito come donde está amarrado», dijo.

La desesperación de la población de Malanje llevó a que el presidente de la República, José Eduardo dos Santos, fuese vivamente abucheado, en un mitin público en julio pasado, en aquella provincia, para que destituyese inmediatamente al gobernador, su protegido.

En su editorial, el semanario *Angolense* subrayó que Dos Santos había tardado mucho en comprender que el pueblo angoleño no es un rebaño que acepta ciegamente las ordenes del pastor¹⁹.

Sin margen de maniobra o voluntad para reformar, regenerar e moralizar su conducta política y la de su partido, el presidente destituyó a su protegido, nombrándolo, poco después, para el cargo de presidente del consejo de administración de la Clínica Multiperfil, dependiente de la presidencia de la República.

El 3 de junio de 1996, José Eduardo dos Santos asumía, ante el pueblo, la urgencia de «restaurar la disciplina y la transparencia de la acción de Gobierno, al que prevenía de la corrupción y el tráfico de influencias, y alentaba a acabar definitivamente con la elevada criminalidad, el robo organizado y la dilapidación del patrimonio del Estado»²⁰. En el mismo discurso, el presidente asumía, de forma clarividente, el descalabro social, el completo abandono de las funciones sociales del Estado y la destrucción de la administración pública²¹.

Pasados seis años, se puede constatar que la situación social y política empeoró y que el presidente no hizo nada para dar la vuelta al negro panorama que él mismo pintó. Al contrario, sigue con su cortejo de arbitrariedades.

Por tanto, la elite angoleña obedece, fundamentalmente, a la voluntad del poder, al factor de la corrupción, el saqueo y al control privatizado de la recaudación del petróleo. Cualquier cambio que afecte este sistema entrará en conflicto con la supuesta elite política, social e económica. Esta elite es el resultado, esencialmente, de la promiscuidad del poder político, que se transfigura en poder económico y social y seduce, con privilegios, a los sectores periféricos al centro de mando y del dinero.

La experiencia de un pasado reciente revela que la práctica del robo era contraria a los hábitos y costumbres de las comunidades. El robo era un problema de supervivencia en las grandes ciudades. Hoy, el robo o el saqueo de los bienes públicos es un pasaporte de afirmación, de honra y dignidad de la clase política dirigente; una tarjeta de visita de la elite.

La inversión de valores que contempla la sociedad angoleña significa que la honra, la honestidad y la solidaridad han sido superados por el robo, el saqueo, la corrupción, la incompetencia, el asesinato, el chantaje, el clientelismo y la intimidación como prácticas habituales del *establishment*.

En términos prácticos, los *jefes* del país se sienten seguros en su papel de corruptos e insensibles cuando, en realidad, y en muchos casos, no pasan de ser salteadores del arca perdida, ladrones de las joyas del pueblo, piratas que se apoderan del barco del poder. ¿Cómo se entiende, entonces, la longevidad de este poder ahora cristalizado en elite dominante?

Esta elite está protegida por el ejército y la policía, que obedecen todavía al partido. Es necesario analizar la forma en que se producirá el choque, si en el marco de las ideas o de la violencia, en función de la distancia o proximidad de las fuerzas armadas y del grado de adaptación a los vientos de cambio.

Otro elemento interesante a tener en cuenta es la elitización de los oficiales del ejército y la policía. Esta forma de contentar a los controladores directos de la violencia contrasta con el pago de míseros salarios a los soldados y agentes de la policía, así como la atribución de vergonzosas condiciones de trabajo y de estímulo profesional.

Sin guerra, ¿cómo podrá la elite lidiar y convencer a los soldados y a los agentes de la policía de la misión de defensa de la patria y de la manutención del orden público, si no les pagan decentemente ni moralizan su actuación?

■ Fragmentaciones sociales

El académico angoleño Manuel Jorge define muy bien el proceso de fragmentación de la sociedad: «La autoridad del Estado debe ser ejercida para favorecer la cohesión social. Cuando el poder pasa del ejercicio de la autoridad al autoritarismo, consagra el abuso de poder y, por tanto, de la autoridad. La consecuencia de esta conducta es el desmoronamiento de la cohesión social, la división del pueblo y la nación y la pérdida de legitimidad del poder, el aislamiento de los dirigentes, la desconfianza del pueblo». ²²

En este contexto, además de los problemas ya citados, urge abordar la desagregación del tejido social angoleño y el aumento de la criminalidad, en tiempo de paz, como potencial de caos.

■ Legado colonial

En muchas ocasiones, los líderes y los pueblos africanos, los angoleños específicamente, buscan en el pasado colonial la principal causa para sus problemas actuales. Sin minimizar los efectos de la colonización, en la actualidad África se ha de quejar más de sus propios líderes que del pasado colonial.

Manuel Santos Lima insiste en que «en materia de represión y crímenes contra sus pueblos, los políticos africanos superan ampliamente a los colonizadores» ²³. Y continúa: «Si la colonización era humana y socialmente inmoral, el Estado africano es, actualmente, el principal factor de conflicto y de inestabilidad de los pueblos africanos, por ser un vivero permanente de oligarquías a causa de la naturaleza de su formación». ²⁴ Como ejemplo, un conocido padre angoleño se refería a la afirmación de un dirigente portugués, en el proceso de descolonización de Angola, que dijo: «Cada angoleño puede escoger entre tres movimientos. ¡Son todos legítimos y reconocidos!». Para el padre, la traición al pueblo angoleño comenzó justamente cuando los líderes de los tres movimientos independentistas (Agostinho Neto, Jonas Savimbi y Holden Roberto) comenzaron a repetir la misma frase. Al final, la legitimación de la carrera al poder continuaba dependiendo de la voluntad colonial.

Para entender mejor este ejemplo véase el caso de la participación de Portugal en el actual proceso de paz en Angola, como ex potencia colonizadora. Pasados 27 años, la clase política angoleña todavía continúa sujeta a la voluntad de la ex potencia colonizadora, cuya contribución en el proceso ha sido siempre extremadamente negativa. Al abordar el papel de la *troika* en el proceso de paz, el economista Justino Pinto de Andrade destaca que el papel de Portugal no tiene nada que ver con la forma como fue efectuada la descolonización y su impacto sobre los angole-

ños. Según él, la perspectiva de Portugal, meramente mercantil, se basa en proteger sus intereses económicos y los de sus conciudadanos residentes en el país²⁵.

Ciertamente, Portugal no tiene, en el contexto de las relaciones internacionales, capacidad para forzar a los angoleños a que estén presentes en los asuntos políticos más importantes del país. Solamente participa con permiso o permisividad de los políticos angoleños.

Según Manuel dos Santos Lima, «el Estado africano, al ser una entidad jurídico-política de inspiración occidental, porque es un resultado de la descolonización y de la adopción de un modelo de organización social extranjero, no ha conseguido su lugar de encuentro o de realización de los ciudadanos».²⁶

■ Ingerencias, oportunidades y oportunismos externos

Con el fin de la primera etapa de la guerra civil, en 1990, asumida por la causa ideológica de la guerra fría, el marxismo-leninismo versus capitalismo, Angola, huérfano de la guerra fría, dejó de ser escenario de ingerencias externas y pasó a ser el teatro de complicidades internacionales.

Hay un aspecto interesante en todos los capítulos del largo proceso de paz angoleño: la presencia permanente, tras la independencia, de los Estados Unidos, como antiguo aliado de la UNITA; de Rusia, como ex partidario del Gobierno del MPLA, y de Portugal, en la calidad de ex potencia colonizadora.

En ningún momento, estos países consideraron la hipótesis de liberar Angola de las garras de la guerra fría luchando a nivel internacional para que, por lo menos, otros países también pudiesen asistir a Angola como observadores más imparciales y menos manchados por la sangre local y la explotación de las riquezas del país.

Hoy, Angola, la estrella del mercantilismo internacional, es, según la definición sarcástica de Manuel Santos Lima (1999), una de las patrias subastadas en el mercado internacional de las traiciones, en el que se compra el pan de los cañones y la paz de los cementerios. Para que los negocios de las multinacionales petrolíferas, de los mercaderes de diamantes y de los vendedores *de todo un poco* prosperen, algunos países occidentales favorecen la legitimación de la oligarquía angoleña. Establecen relaciones privilegiadas con una elite que encubre, generalmente, sus crímenes de lesa patria.

Por este motivo, Angola es más un motivo de codicia y de complicidades que de ingerencias externas. Desde el punto de vista diplomático, y según David Rieff, el

país se convirtió en un cementerio de esfuerzos diplomáticos, y los principales perdedores no son los diplomáticos, que continúan su carrera en puestos más compensadores, sino el pueblo angoleño²⁷.

Angola fue, el 27 de septiembre de 2002, elegida miembro no permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Pocos días después, el 2 de octubre de 2002, el país asumió la presidencia de la Comunidad de Desarrollo de África del Sur (SADC). Angola, por la voz de su presidente, prometió fortalecer la democracia en la SADC.

Estos dos ejemplos explican, en cierto modo, el enorme apoyo que las autoridades de Luanda gozan a nivel internacional. Dos Santos, que por sus prácticas debería tener peor reputación que Sani Abacha y Mobutu Sese Seko, todavía goza de un estatuto de hombre honesto.

En 1998, el ejército angoleño ayudó a derrocar militarmente, con la complacencia del mundo democrático, al presidente del Congo, Pascal Lissouba, democráticamente elegido por su pueblo. En su lugar, se reinstaló el cleptócrata Dennis Sassou Nguesso.

En cierto modo, algunos países piensan que al atribuir grandes responsabilidades a Angola, el país asumirá, de forma resoluta, los designios de libertad y de democracia. Sólo que la realidad ha demostrado lo contrario, de tal forma que Angola mantiene una presencia militar en los dos Congos y en Costa de Marfil, exportando guerras y su fama de camorrista. ¿Por qué Angola escapa, con facilidad, a los compromisos internacionales de promoción de la democracia y las libertades?

Munslow (1999:552) ha explicado que «la riqueza del país es tan vasta que es imposible adoptar un compromiso suficientemente fuerte, en el seno de la comunidad internacional, para estimular tanto una paz duradera entre los beligerantes como la adopción de un paquete de estabilización macroeconómica que pueda sanear la economía angoleña, para un eventual beneficio de su pueblo. La riqueza mineral ha corrompido a todos los que tienen relación con ella».

Las potencias internacionales, sobre todo las implicadas en el negocio del petróleo (EEUU, Francia, Gran Bretaña, Noruega, Italia...), intentan garantizar la estabilidad de la explotación petrolífera por sus multinacionales –normalmente en *off-shore*–, ignorando que Angola camina hacia el abismo social.

Tengáse en cuenta la continuación de la guerra en el enclave de Cabinda. Esta provincia más al norte de Angola contribuye con cerca del 60% de los ingresos de petróleo del Estado. El 10 de octubre de 2002, las tropas gubernamentales lanzaron

una gran campaña militar para eliminar los focos independentistas, alcanzando, sobre todo, a las comunidades indefensas al no conseguir distinguir los guerrilleros independentistas de las poblaciones locales.

Las poblaciones son desplazadas a la fuerza de sus áreas de origen y concentradas junto a las vías de comunicación, quedando, de esta forma, privadas de sus tierras de cultivo y cayendo en la dependencia exclusiva de la ayuda alimentaria y bajo control militar. Esta acción militar cristaliza el odio de los cabindenses y les fomenta un unánime espíritu independentista.

Las Naciones Unidas, la *troika* de observadores y la comunidad internacional, en general, continúan felicitando a Angola por haber alcanzado la paz total. ¿Y Cabinda? Solamente la sociedad civil angoleña continúa gritando, afónica, contra la continuación de la violencia como mecanismo de resolución de conflictos.

No obstante, hay iniciativas puntuales, como las inequívocas y firmes posiciones de EEUU, Gran Bretaña, el Parlamento Europeo y sectores cívicos y políticos portugueses, en favor de la libertad de prensa en Angola, que obligaron al régimen a frenar sus abusos contra los periodistas críticos con sus prácticas. Tales iniciativas de presión pública contra el Gobierno reforzaron la posición del sector de los medios de comunicación no estatal como principal motor de la lucha por la democracia en Angola.

De un modo general, las iniciativas diplomáticas internacionales han tenido como objetivo la mejora de la imagen del régimen y lo han fortalecido institucionalmente, olvidando su carácter autoritario. A ello contribuyó el argumento de que la oposición, al margen de la UNITA entonces armada, es bastante débil e incapaz de proporcionar una alternativa. En cuanto a la sociedad civil, es suficiente con la consideración de que es frágil y dispersa.

Así, la complicidad de la comunidad internacional, que normalmente actúa como un bloque a través de las Naciones Unidas, se presenta como una causa de la permanencia de los nuevos elementos de conflicto, o sea, de la corrupción y de la venalidad del poder.

■ Conclusiones

Para que la paz sea viable en Angola, sobre todo a nivel social, es fundamental que:

- Se humanice el ejercicio del poder, y que se base en el servicio al pueblo;
- Se establezca, a nivel internacional, una política coordinada para frenar el saqueo de Angola, promoviendo sanciones que permitan la utilización de los recursos

locales para el alivio de la catástrofe humana. Es inaceptable que un país rico como Angola dependa totalmente de la comunidad internacional para alimentar a un tercio de su población;

- Se creen, con urgencia, las condiciones políticas necesarias para que el debate formal del proceso de paz se extienda a las corrientes políticas y sociales no armadas;

- Se establezcan, con la misma urgencia, mecanismos de reconciliación y para abordar la verdad sobre las diversas etapas del conflicto, como promoción de la justicia y de la prevención de nuevos conflictos, desenraizando el sentimiento primario de la impunidad;

- Se promueva el desarme riguroso de la población civil y de las milicias (conocidas como defensa civil);

- La *troika* de la guerra fría (Estados Unidos, Rusia y Portugal) abandonen la lógica del privilegio y «liberen» Angola de los fantasmas de la guerra fría;

- Las Naciones Unidas moralicen su política de intervención en Angola, basándola en el respeto inequívoco del derecho internacional y de la constitución angolana promoviendo de esta forma la democratización de Angola y no la complicidad;

- Se defina un cuadro de transición política, desconcentrando y descentralizando el poder, como paso esencial para la normalización de su ejercicio en Angola, y con la responsabilidad de preparar la estructura democrática y unas elecciones adecuadas a la realidad local;

- Se promueva el cambio de la actual dirección del país, por su incapacidad de reciclarse tras más de dos decenios en el poder.

Traducción del portugués: Antoni Castel.

1. *Esboço da Agenda de Paz e Reconciliação da Sociedade Civil*, 18 de septiembre de 2001, Luanda.

2. LEDERACH, John Paul, 1998, *Construyendo la paz, Reconciliación sostenible en sociedades divididas*, Bakaez – gernika gogoratzuz, p.59.

3. JORGE, Manuel, 2001, *O Poder e a Autoridade: a legitimidade em questão, Fórum sobre as Múltiplas Consequências da Guerra*, Luanda 15 de marzo.

4. Artigo 2º da Lei Constitucional, nºs 1 e 2 e Artigoº3, nºs 1 e 2 da mesma lei.

5. Coligação RTC, 2002, Avaliação sobre as Instituições do Estado.

6. *Idem.*

7. *Ibidem.*

8. KALDOR, Mary, 2001, *Las nuevas guerras, violencia organizada en la era global*, Kriterion Tusquets editores, p.19.

9. JOAO, Paulino Pinto, «Causas da guerra e insucessos dos Acordos de Paz em Angola».

-
10. CEAST, 1998, Mensagem pastoral sobre os últimos acontecimentos político-militares “A pátria está de luto (30.11.92), *A Igreja em Angola entre a Guerra e a Paz, Documentos Episcopais 1974-1998*, pp 296:300.
 11. CEAST, 1998, «Os nossos irmãos Bakongo» (11.02.93), *A Igreja em Angola entre a Guerra e a Paz, Documentos Episcopais 1974-1998*, pp 301:303.
 12. Mary KALDOR, *Las nuevas guerras, violencia organizada en la era global*, Kriterion, Tusquets eds, p. 21.
 13. «O Presidente da República e sus muchachos», *Angolense*, 6 a 13 de julio de 2002, p.9.
 14. MESSIANT, Christine, 1999, «La Fondation Eduardo dos Santos: A propos de l’investissement de la société civile par le pouvoir politique», *Politique Africaine*, 73, marzo pp. 82-101.
 15. Relatório do Investimento Mundial, 2002, Conferência das Nações Unidas para o Comércio e Desenvolvimento.
 16. *IMF Internal Report*, 2002.
 17. HODGES, Tony, 2001, *Angola from Afro-Stalinism to Petro-Diamond Capitalism*, Indiana James Currey.
 18. *Idem*, p. 62.
 19. Editorial, «Derrota a Dois», in *Angolense*, 13 a 20 de julio de 2002, p. 5.
 20. DOS SANTOS, José Eduardo, «Mensagem à Nação», 3 de junio de 1996.
 21. *Idem*.
 22. JORGE, Manuel, «O poder e a autoridade: a legitimidade em questão», Fórum sobre as Múltiplas Consequências da Guerra em Angola, Luanda, 14 de marzo de 2001.
 23. LIMA, Manuel Santos, «O compromisso dos intelectuais com a cidadania», Fórum sobre as Múltiplas Consequências da Guerra em Angola, Luanda, 15 de marzo de 2001.
 24. *Idem*.
 25. ANDRADE, Justino Pinto de, «A Troika de Observadores no Processo de Paz, Encontro sobre o Papel da Comunidade Internacional e da Sociedade Civil na Resolução do Conflito Angolano», 20 de febrero de 2002, Luanda.
 26. LIMA, Manuel Santos, «O compromisso dos intelectuais com a cidadania», Fórum sobre as Múltiplas Consequências da Guerra em Angola, Luanda, 15 de Marzo de 2001.
 27. RIEFF, David, 2000, in *Newsweek*, 25 de septiembre.
-